

Elodia Jiménez

Cuento “Ánimo”

Elizabeth Vivero Marín
Universidad de Guadalajara

Preparas el café de olla, revisas que el rosario esté en el bolsillo de tu chaleco, acercas el misal del mes y la silla lo más que puedes a la cama. En voz baja, casi para no despertarlo, comienzas:

— *Ave María Purísima...* —y lo que sigue. Tus rezos comienzan a inundar la habitación que, de vez en cuando, salpicas con frases cortas dichas a su oído: los moribundos ensordecen ante el mundo.

— *No puedo más* —resopla en cada intento por encarcelar aire en sus pulmones—, *no puedo más*.

A la insistencia respondes recitándole el Salmo de la misa del día y las jaculatorias que consideras adecuadas a la ocasión. Velar a un casi muerto no es cosa que suceda a diario.

— *No puedo más* —resuena en la almohada que se empaapa. La fiebre calienta hasta las sábanas que trasudan la agonía de un mes.

— *Ave María Purísima...* —continúas insistentemente como queriendo sellar la boca que recita una letanía distinta a la tuya.

— *No puedo*.



Durante más de tres horas. Cierras el misal. Darle ánimos es lo que único que queda ya, pues lo ruega a cada jadeo.

— *Sí, sí puede* —cambias finalmente de página para comenzar otra—. *Sí puede, ándale, yo le ayudo*.

El enfermo capta un ritmo distinto y mueve la cabeza para encontrar esas palabras que le vienen de tan lejos, del otro lado de la cama donde aún las cosas viven.

—*Sí puede* —repites más fuerte para que le entre clara la orden. Por respuesta, el *no puedo* que cae justo al llegar al borde. El sí puede se convierte ahora en el recipiente que las recibe.

—*Ave María Purísima...* —prosigues tras la alargada pausa que no obtuvo buenos resultados pues el próximo difunto teme dar el paso definitivo a pesar de que en sus ojos se trasluce un tiempo detenido.

— *No puedo* —retumba esporádicamente en la cabecera, en los pies que no dejan de llevar el ritmo de una canción fúnebre, tan propicia en esos instantes.

— *Yo le ayudo* —insistes después de algunos minutos de sosiego mutuo—. *Yo le ayudo, a ver* —y acomodas todo de nueva cuenta como al principio para recomenzar—. *Ya verá que sí puede* —le afirmas al secarle el sudor que se detiene.

A las tres de la mañana, hueles un aletargamiento distinto, extraño por no pertenecer a la tierra, al menos no a ésa que los vio crecer, casarse, tener hijos. Ya viene e invocas con el pensamiento el viento que se lo llevará para siempre.

— *No puedo* —confiesa a punto de llorar por su impotencia. Cuánto daría por estirar los segundos y permanecer todavía ahí un par de horas, mas esa calma está bañada por aires de todas las épocas ocurridas en ningún lugar.

— *Ya viene* —besas la frase en sus oídos—, ánimo que sí puede, ya verá.

El prácticamente cadáver te mira. La profundidad del todo le explota desde adentro, por eso no ves nada.

— Ánimo —lo tomas de la mano y, con un leve apretón, lo avientas definitivamente al universo. El ya finado lanza, como no

queriendo, un último suspiro que le vacía los pulmones. En las siguientes noches tendrás que cambiar el tono del *Ave María* que de inmediato inicias.

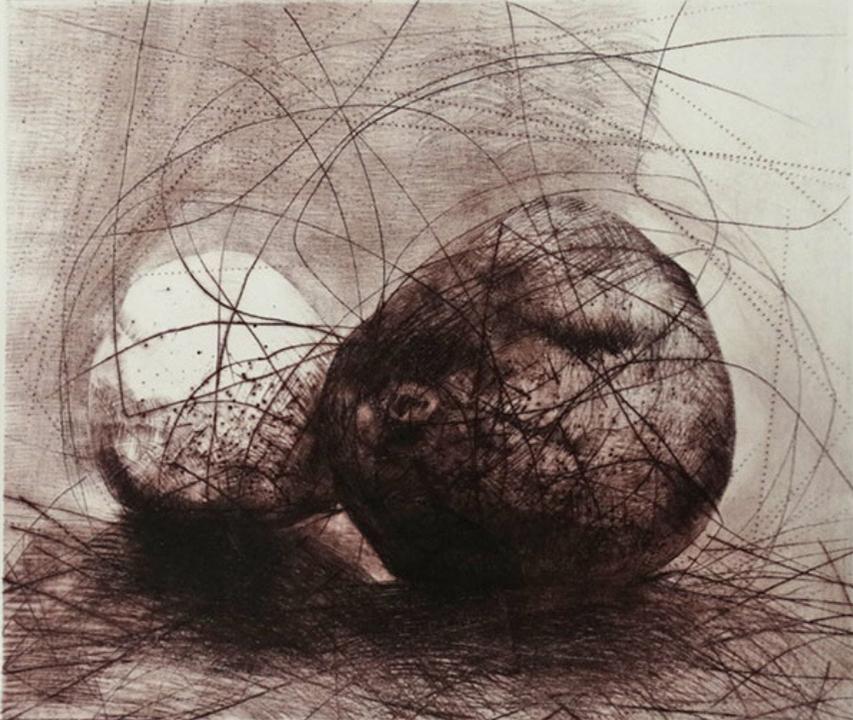
Recepción: Julio 22 de 2014

Aceptación: Noviembre 21 de 2014

Cándida Elizabeth Vivero Marín

Correo electrónico: elizabeth_vivero@hotmail.com.

Mexicana. Narradora y poeta. Doctora en letras por la Universidad de Guadalajara. Autora de varios artículos de investigación y divulgación publicados por diversas editoriales, ha escrito libros de cuentos y la novela *Ese suelo tan otro* por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes Jalisco (2005). Actualmente está adscrita al Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara en donde imparte las materias de Literatura de las mujeres/Literatura de género y Teoría del análisis literario. En estos momentos se encuentra preparando la publicación de su libro de cuentos *Memoria de ardientes días* (Lord Byron ediciones) y de sus novelas *El circo* y *El combate de la reina*.



Ileri Topete